

IV

Horacio.—Catulo.—Propercio.—Tibulo.—Ovidio.—Plauto.—Terencio.—Virgilio.—Boileau.—Molière.—Lafontaine.—Voltaire.—Dante.—Tasso.—Ariosto.—Petrarca.—Trissino.—Villegas.—Fray Luis de León.—Martínez de la Rosa.—Quintana.

Comienzo por tratar de Horacio, el príncipe de los líricos latinos, cuyas costumbres no son el mejor indicio de elevados sentimientos, pues era inclinado á la pereza, la gula y la lujuria: en la batalla de Filipos huyó cobardemente.

Quintiliano calificó á Horacio de obsceno, y, en efecto, hay escritos suyos que los traductores dejan en blanco por respeto al lector. Cantó también la sodomía; al paje Ligurino, al niño Lico y á otros varios. En las poesías eróticas de Horacio, que no pueden condenarse por obscenas, no se encuentran, sin embargo, los placeres inefables del corazón, sino siempre la voluptuosidad. Consúltese, como muestra, la oda «*A Pirra*,» donde el poeta coloca al amante sobre un lecho de rosas, en una fresca gruta, abrazando y besando á su querida.

Horacio fué un epicureísta consumado: reprueba la omnipotencia dada al dinero; pero hace la corte á los ricos, busca lugar en sus cenas, se entrega á una incontinencia bien calculada que le conserve lucio y sano, y olvida el porvenir. Toda la filosofía de Horacio está resumida en estos dos versos suyos:

«De lo presente goza
Y el porvenir olvida.»¹

Catulo respetó menos la decencia que Horacio y pocos como él han presentado á Venus con más descaro. En cada pá-

¹ Trad. de Burgos.

gina suya se encuentran obscenidades, disculpándose con decir, que cuando el poeta tiene gracia poco importa el pudor.

*Num castum esse decet, pium poetam
Ipsum; versiculos nihil necesse est,
Qui sum denique habent salem et leporem
Si sunt molliculi et parum pudici.*

En otro lugar dice Catulo á su Lesbia: «No hagamos caso de las murmuraciones de los viejos: el sol se pone y vuelve á renacer; pero nosotros cuando se oculta la breve luz que alumbró nuestra vida, dormimos perpetuamente. Renovemos nuestros besos.» ¿Se quiere mayor materialismo filosófico y erótico en principio y en aplicación?

También Propercio es deshonesto y materialista, no obstante que se le supone un ejemplo de fidelidad por no haber cantado más que á Cinthia. Lo cierto es que él confiesa á esa misma Cinthia que le había gustado Licina aunque poco; y la tal Cinthia es, en verdad, el carácter menos *ideal* que puede presentar una amante: caprichosa, altanera, dominante en lo moral; en lo físico llega Propercio á llamarla *vieja*.

Con esas cualidades no es extraño que el poeta se cansase de ella y la abandonase; pero Cinthia le persigue, le encuentra comiendo en el campo con otras dos mujeres, y huyen éstas despavoridas, mientras que la mansa y apacible señora da de palos al infiel poeta. ¿Podrá todo esto llamarse amor *ideal*? Al que todavía pueda creerlo, le recordaré dos versos de Propercio donde se propone huir de la mujeres honestas y vivir á la ventura.

*Donec me docuit castas odisse puellas
Improbis et nullo vivere consilio*

En otro pasaje, lo que recuerda Propercio de su amada es la noche, «cuya memoria quiere consagrar *en el templo de Venus*.»

Paso ahora á hablar de Tibulo, el poeta de quien se ha dicho.

«El mismo amor dictaba
Los versos que Tibulo suspiraba.»

Pues bien, la crítica moderna, apartándose de la admiración rutinera y de la alabanza convencional respecto á los antiguos, presenta el siguiente dictamen respecto á ese poeta: «La pasión *grosera y material* habla en Tíbulo.»¹

Efectivamente, si leemos con atención á Tíbulo, veremos que admira en la mujer los brillantes ojos, el encendido labio, la fina tez, aun las gracias secretas; pero no la discreción, la bondad, ni menos el pudor.

Más generalmente reconocida es la deshonestidad de Ovidio, en quien el buen juicio hallará más libertinaje que pasión, más chispa que profundidad, más calor que sentimiento. Ovidio ha merecido que como poeta erótico se le califique de *sensual y vulgar*.² Quintiliano da la preferencia á Tíbulo y Propertio sobre Ovidio, y sin embargo, ya hemos visto que esos dos poetas no son el modelo del amor platónico.

Corina fué la principal heroína de Ovidio en sus versos amorios; pero nada menos que la unión de las almas es lo que trató de expresar en ellos, como en verdad lo merecía Corina, según la pinta del poeta: se asegura que la Corina de Ovidio fué la famosa *Julia*, célebre por sus desórdenes.

Cierto incidente dará idea de los amores de Ovidio. Celosa su amante de la criada, disipa él sus sospechas haciéndale juramentos en una elegía, y dirige la siguiente á la misma criada reprendiéndola porque se dejó descubrir, y dándole cita para la noche inmediata.

Me sería fácil llenar algunas páginas con versos de Ovidio que escandalizarían al lector; pero basta que recordemos el «*Arte de amar*», obra que con razón llama un autor moderno³ «*Arte de seducir y de gozar.*»

Comienza el poeta por explicar la clase de mujer que se debe *elegir*, como si el amor no fuese espontáneo sino hijo de la reflexión. Continúa después aconsejando atraerse á la criada de la dama, no sólo con dinero sino *con caricias*; pero sobre todo al marido, relacionándose discretamente con él.

Para buscar amores, dice Ovidio que se frecuenten los paseos más concurridos, los cuales designa minuciosamente; pero en especial los teatros y circos, lugares propicios á

¹ Véase entre otros á Cantú op. cit.

² Hist. de la literatura romana por Pierron.

³ Ancillon, op. cit.

la liviandad, donde concurren las mujeres para ver y ser vistas. Allí debe adularse con toda fineza á la mujer pretendida y prestársele los más nimios cuidados, no debiendo omitir ciertas indicaciones como tocar el seno y oprimir el pie. También á las mujeres aconseja cómo han de conquistar amantes indicándoles qué vestidos deben usar, el momento de la sonrisa, y sobre todo que dejen los altercados *para las mujeres casadas*.

Sostiene Ovidio que el medio más poderoso para conseguir á una mujer son las dádivas, y cree que el rico no necesita tener arte.

*Non ego divitibus venio preceptor amoris:
Nihil opus est illi, qui dabit arte mea.*

He aquí la confesión explícita del materialismo más grosero, en el medio y en el fin; lo que entre nosotros sólo se usa en los lupanares.

Escribió también Ovidio el «*Arte de olvidar*,» remedio peor que la enfermedad. Una de sus más eficaces medicinas es ésta que caracteriza la época y al autor. «Tener varias queridas para no amar á ninguna.» Otra receta: «Disfrutar á la mujer que se quiere, hasta saciarse, para olvidarla fácilmente.»

En una palabra, el «*Arte de amar*» y el «*Arte de olvidar*» que al buen Boileau parecieron dictados por el amor mismo, no son más que una exposición lúbrica, un código de inmoralidad.

De los clásicos latinos que propiamente cultivaron el género erótico, paso á dar una plumada respecto á los autores dramáticos.

Es sabido que la opinión sobre Plauto no es unánime y no falta escritor de los tamaños de Horacio¹ que diga lo siguiente: «Nuestros abuelos admiraron los versos y los chistes de Plauto, exceso de indulgencia, por no decir de simpleza, salvo que no sepamos distinguir una gracia de una grosería, ni señalar con el dedo y con el oído la cadencia propia de los sonidos.»

Entre los modernos, la Harpe tampoco es favorable al cómico latino, y generalmente califica sus comedias de farzas.

¹ Arte poética.

Sea lo que fuere respecto al mérito literario de Plauto en cuanto á la forma, lo cierto es que todos convienen en el punto que á mí me interesa, á saber, que no es poeta *espiritualista*, sino que merece ser calificado de impudente, deshonesto, desvergonzado, inmundo en sus cuadros, nimio en detalles indecentes y vulgar en los caracteres que presenta. Plauto es el poeta de las ramera, rufianes, parásitos y toda clase de gente perdida. Plauto probablemente excede en inmoralidad á Aristófanes: sólo en aquel se ha visto un padre y un hijo que ajustan para uso común una muchacha desgraciada que entrega la madre misma,¹ ó un hombre que presta un niño recién nacido á una prostituta para que estafe á uno de sus amantes.² Estudiemos imparcialmente á Plauto de un cabo á otro, y todo encontraremos en él menos la expresión de lo bueno y de lo bello.

Terencio es más decente, más pulido, más delicado que Plauto, y sin embargo, dista del idealismo. Sus damas son mujeres públicas, y tiene escenas tan bajas como los ayes de una muchacha que da á luz un niño.³ Si Terencio no degrada la naturaleza como Plauto, tampoco la herosea como debe hacerlo el verdadero artista. Nada tiene de extraño que Terencio no pudiera elevar su imaginación, cuando fué mero traductor ó cuando mucho imitador de los griegos; le faltaba el calor de la propia inspiración. En Terencio hay pureza de lenguaje, elegancia y verdad; pero al mismo tiempo tibieza de afectos, falta de vigor cómico y poco movimiento.

El buen gusto de Terencio le fué bastante, para no ser obsceno como Plauto; mas no para que pueda pasar como moralista, según quieren algunos. Quería, aplaudiéndose de haber violado una niña; el capitán Thrason haciendo ciertas reflexiones acerca de un pretendido eunuco; convenios como los que celebran Fhedria, Thais, Thrahon, y otras cosas por el estilo, no son ciertamente lecciones de moralidad.

Después de Plauto y Terencio, no hablaré de Séneca el trágico, ni de otros muchos autores latinos de la decadencia, porque lo que llamamos hoy culteranismo no es á pro-

1 En la Asinaria.
2 En Truculentus.
3 En la Andriana.

pósito para presentar el bello ideal, considérese en Séneca ó en Góngora.

Empero, me falta que mencionar todavía al más ilustre de los poetas latinos, al dulcísimo Virgilio, que de propósito he dejado para lo último porque es el que se aproxima á expresar los afectos morales. Virgilio pinta el nacimiento, desarrollo y fin de la pasión cuando trata de Dido y Eneas, y es el único poeta antiguo que tuvo bastante pudor para rodear con una nube á los amantes de que habla.

Sin embargo, ni aun ese tierno Virgilio supo manifestar de un modo enteramente satisfactorio el verdadero amor, ese sentimiento que tiene por base principal la amistad y no la atracción de los sentidos. El recuerdo que desea la reina de Cartago le deje su amante es «un pequeño Eneas». *parvulus Eneas*¹ Sobre todo, aun sobre Virgilio cae la mancha de haber cantado mancebos. Todos recordamos aquellos versos aprendidos en la escuela:

*Pastor Coridon ardebat
Alexim delicias domini....*

Entre los modernos que se propusieron imitar á los griegos ó á sus discípulos los latinos, figuran en primer lugar, los franceses. La diferencia de religión, costumbres y civilización, hizo que muchas veces produjesen, acaso sin querer, y no obstante sus tendencias imitativas, obras de carácter distinto al greco-latino, de las cuales nada tengo que decir en este escrito; me referiré únicamente á lo que aparece con el aspecto de clasicismo puro, y esto en cuanto al objeto que me he propuesto, el desempeño de la pasión, la manifestación del sentimiento.

Así, pues, comienzo por decir que Boileau, justamente célebre por haber combatido el mal gusto literario, el culteranismo español é italiano, carece de ternura, divierte y hace reír; pero nunca sentir. Por este motivo se le ha llamado «poeta de la razón», y no de la imaginación ni de la sensibilidad. Él mismo confiesa que no se dejaba guiar de inspiración para escribir, sino que entre verso y verso esperaba un rato. Su trabajo lento y poco inspirado le calificó

1 Eneida l. 4.

muy bien su amigo Chapelle cuando dijo: «Tu es un bœuf que fait bien son sillon.»

Para que no se suponga infundada mi apreciación sobre un hombre tan célebre como Boileau, un escritor á quien se llamó «legislador del Parnaso», me escudaré copiando el juicio que de él hace un crítico competente, Saint Beuve.¹

«Es preciso seguir á Boileau á su retiro de Auteuil para poder conocerle mejor; es preciso observar lo que hace y lo que deja de hacer cuando apenas contaba treinta años, abandonado á sí mismo, débil de cuerpo, pero sano de alma, en medio de una campiña risueña, para juzgar con mayor verdad y acierto sus producciones anteriores, y marcar los límites de sus facultades. Y, ¿deberemos decirlo? En tan larga permanencia en el campo, víctima de las enfermedades del cuerpo, que purificando el alma, la disponen á la melancolía y á la meditación, ni una palabra brotó de sus labios, ni una línea, ni un verso trazaron sus manos que revelase la más mínima emoción, el sentimiento ingenuo y verdadero que inspiran la naturaleza y el campo. Cuida de la salud, trata á sus amigos, juega á los dados, y habla después de beber, acerca de las novedades de la corte ó de la Academia; escribe á Racine que despierte su recuerdo en la memoria del rey y de la Maintenon, y le anuncia que está escribiendo una oda en la que se aventura á hablar de muchas cosas nuevas; hasta de la pluma blanca que el rey lleva en el sombrero; Boileau no es poeta, si este título se da sólo á los ingenios dotados de gran imaginación y gran alma.»

Para convencernos más de la belleza formal de Boileau, pero al mismo tiempo de la manera con que trataba las pasiones, copiaré una de sus mejores sátiras intitulada *Délire des passions*, composición que nos persuadirá de que el escritor francés era un excelente versista filósofo, pero no un verdadero poeta:

«Le plus sage est celui qui ne pense point l'être;
Qui toujours pour un autre enclin á la douceur,
Se regarde soi même en rigide cinseur
Rend à tous ses défauts une exacte justice,
Et fait, sans se flatter, le procès á son rise.

¹ Critiques et Portraits.

Mais chacun pour soi même est toujours indulgent.
Un avare, idolatre et fou de son argent,
Rencontre la disette au sein de l'abondance,
Appelle sa folie une rare prudence
Et met tout sa gloire et son souverain bien,
A grossir un trésor qui ne lui sert de rien.
Plus il le voit acru, moins il en fait usage.
Sans mentir, l'avarice est une étrange rage,
Dira cet nutre fou non moins privé de sens,
Qui jette, furieux, sont bien á tous venants,
Et dont l'âme inquiète, à soi-même importune,
Se fait un embarras de sa bonne fortune.
Qui des deux, en effet, est le plus aveuglé?
L'un et l'autre, á mon sens, ont le cerveau troublé,
Répondra chez Frédoc ce marquis sage et prude,
Et qui, sans cesse au jeu, dont il fait son étude,
Attendant son destin d'un quatorze ou d'un sept,
Voit sa vie ou sa mort sortir de son cornet.
Qui si d'un sort fâcheux la maligne inconstance
Vient par un coup fatal, faire tourner la chance,
Vous le verrez bientôt, les cheveux hérissés,
Et les yeux vers le ciel de fureur élançés,
Ainsi qu'un possédé que le prêtre exorcise,
Fêter dans ses serments tous les saints de l'Eglise.
Qu'on le lie; ou je crains, à son air furieux,
Que ce nouveau Titan n'escalade les cieux.
Mais laissons le plutôt en proie á son caprice:
Sa folie, ausi bien, lui tient lieu de supplice.»

Tratándose de Molière, me parece evidente que aunque en ocasiones criticó á las mujeres, lo hizo en los límites de la comedia, la cual tiene por objeto censurar un vicio ó defecto. Por lo demás, no sólo no merece el sobrenombre de *misogine* dado á Eurípides, sino que al contrario, es constante que defendió la dignidad del sexo femenino en su «Escuela de los maridos» y en la «Escuela de las mujeres» ¿Qué más? atacó las máximas judías griegas y romanas acerca de la inferioridad y sumisión de la mujer, y conforme al plan de sus obras hace repugnante la tiranía masculina, poniéndola en ridículo. Hay versos de Molière sobre el amor, sumamente delicados.